

A. C. A. B.

Detrás de la placa

ANDRÉS ACOSTA ROMERO

Cain Press, Bogotá, 2017, 250 pp. il.

SUPONGAMOS QUE usted, estimado lector, va en un bus o caminando, y se encuentra esta expresión grafitada en alguna pared: A. C. A. B. Estas son las siglas en inglés de la frase “*All Cops Are Bastards*” (Todos los policías son bastardos). Luego pasa revista por las noticias y tal vez su curiosidad lo lleve a preguntarse por la cantidad de personas asesinadas por la Policía; por las personas agredidas por la Policía; por las mujeres y transexuales violadas por los policías; por los pobres, los campesinos, los negros y los indígenas agredidos también por la Policía. Luego piensa en aquellos que no tuvieron otra oportunidad para estudiar una carrera en una universidad y se vincularon a esta institución, o incluso puede también pasar revista por las veces que escuchó a aquellos decir que ingresaron allí bajo la convicción de ver en la Policía una oportunidad de servir al país, de cambiar algo de este desde los entresijos de esta antiquísima forma de poder, pero después de este cruce de posibilidades se encuentra —ojalá— con *Detrás de la placa* del expolicía Andrés Acosta Romero. ¿Qué pasa?

“Dios y Patria (Dios no existe y de la patria queda poco)” (p. 8). Esas son las palabras que dan inicio a esta biografía editada por Cain Press y presentada bajo los colores sombríos de un verde marcial y un gris urbano que nos sumergen de cabeza en los pasos de Andrés. El libro rebasa afortunadamente las intenciones descritas por el autor en su presentación: “La siguiente es tan solo una historia de las más de 186.000 que existen en esa institución, la de los tombo” (p. 13). Y digo *afortunadamente* porque esta palabra de *tombo* es una de las críticas más pertinentes que se pueden encontrar hacia la Policía Nacional. *Detrás de la placa* es un libro que de llegar a manos de más y más personas (ojalá policías) podría convertirse en un manifiesto a la desertión y al boicot contra varias figuras emblemáticas del poder, la historia y los procesos colombianos. Un libro que sin duda expandirá la visión

del lector hacia una figura que generalmente asumimos como enemiga, y con mucha cancha para esta asunción.

Cuando el autor inicia sus relatos autobiográficos corre el año 2003 y los termina en 2013. En esa década, en la que no solo ingresa a la Policía sino también tienen lugar episodios en el país como el Plan 10.000 —que militarizó a Colombia en el marco de la “seguridad democrática” del entonces presidente Álvaro Uribe Vélez—, el Plan Colombia, la desmovilización paramilitar —cuyas secuelas padecen con furia en Soacha— y, como no, el Plan Pistola. El libro tiene cinco capítulos que corresponden a los lugares en los que Andrés prestó servicio: comienza en Villavicencio y termina en Guaymaral... Y decir que termina es un gran interrogante porque el final nos deja con una gran cantidad de dudas, pero finalizada la narración descubrimos a un hombre totalmente diferente al del comienzo, y nos encontramos a nosotros con una visión trastocada por una experiencia ajena.

Cada historia (como la de los suicidios, las emboscadas, los romances, el nepotismo policial o el doloroso asesinato del vendedor ambulante en el barrio Ducales), cada nombre, cada operativo, cada traslado y cada página consolida una feroz crítica a la autoridad por su honestidad y audacia, de mano con la experiencia. El autor crea una barrera entre su libertad, su imaginación, el hastío de su profesión —que se ve a menudo vapuleada por decisiones arbitrarias— y la realidad a la que se ve sometido. Cuando leemos “En un país donde no hay buenos ciudadanos, jamás podrá haber buenos policías” o cuando nos encontramos con “Hice parte del dichoso Plan 10 mil del presidente Uribe [...]. Fuimos la carne de cañón de su política de seguridad democrática” (p. 31) vamos entendiendo la maquinaria que crea Andrés para juzgar la marea de acontecimientos que lo rodean.

Esa capacidad de ver más allá de su placa, de reconocerse más que en un apellido o un rango o un código, es precisamente lo que hace de sus historias una oportunidad, si no una invitación, para cuestionar las formas de proceder de la supuesta legalidad en Colombia y para repasar con cautela las políticas de seguridad que nuestros

gobernantes adecuan en sus mandatos. En capítulos como los de su rápida y mediocre formación en Villavicencio (recuerden que el Plan 10.000 acortaba drásticamente el tiempo de formación de los futuros uniformados) o el de su año nuevo en Gachalá dejan ese sabor amargo que solo puede compararse a los versos de Boris Vian en su poema “El desertor”:

Y les diré a las gentes:
“Niéguese a obedecer,
niéguese a colaborar.
No vayan a la guerra.
Niéguese a partir”.
Si hay que derramar sangre,
derrame usted la suya,
si es tan buen apóstol,
señor presidente.

El capítulo de Soacha es el epítome del libro:

Soacha, pueblo maldito [...]. Maldito por todas las aristas en las que se le quiera mirar. Desde su entrada: la Autopista Sur. Vía de trancón eterno [...]. Ninguna diferencia con las favelas de Brasil. La misma pobreza y la misma violencia. Soacha me parecía un centro penitenciario descomunal. (p. 49)

El asesinato de un niño (que recuerda a un Juanito Alimaña, de un Pedro Navaja), hurtos comunes y cadáveres de indigentes trasladados a los límites de otra localidad —para no encargarse de esa “tarea”— son algunos de los pasajes que pueblan este apartado. La naturalidad con la que las palabras de Andrés nos devuelven al horror y la crueldad que atraviesan los barrios periféricos de las ciudades, hacen de su testimonio una de las historias de no-ficción más intrigantes que hayan podido salir en la producción de publicaciones independientes del actual sector editorial.

Detrás de la placa podría ser un baldado de agua fría para aquellos que, y me cuento ahí, ven en la Policía un ejército de muerte e ignominia nacional. Pero un baldado de agua fría necesario porque si la idea es tener mejores nociones críticas de las estructuras sociales sobre las cuales se construyen nuestros actuales gobiernos, pues hay páginas enteras donde aprenderemos de movilidad social, de fabulario político (águilas y halcones

a la par) y de mezquindad estatal. Tal vez en este punto se pregunten qué fue de la vida de este tipo y cómo será la vida de tantos que vemos en las calles, en las patrullas, en los peajes y en las carreteras. Entren, alimenten o confronten sus prejuicios.

Termino este comentario el 1.º de mayo de 2020, 15 años después del asesinato de Nicolás Neira, quien tenía 15 años cuando el Esmad lo acribilló en la carrera Séptima con calle 18, en medio de la marcha que conmemoraba, como todos los años, el Día Internacional del Trabajo. Leer *Detrás de la placa* no deja de insinuarse como un llamado urgente para cuestionar bajo miras legales una institución creada para “proteger” a los civiles, para “servir” a ellos, aunque en el bucle paradójico de la autoridad su bota, las infalibles botas marciales, sigue aplastando eternamente la cara de sus protegidos contra el suelo. Cada una de las anécdotas aquí contenidas son un retrato amargo del proceder de un brazo autorizado para ejercer y manipular el poder bajo el consentimiento del Gobierno, pero que funciona, como lo relata Andrés, de maneras precarias con sus subalternos al igual que con los civiles en connivencia con el Estado.

Este libro es la versión del tombo, es la versión que no queremos escuchar o a la que nos mostramos reticentes, pero de la que obtendremos otra voz y otra mirada de un asunto que nos toca a todos: la historia de una de las instituciones que nos gobiernan.

Lina Alonso